



EL BICENTENARIO DE LA BATALLA NAVAL DEL LAGO DE MARACAIBO

Se cumplen doscientos años de la batalla naval que se libró el 24 de julio de 1823 en el Lago de Maracaibo, que tiene la forma de un aguacate, en la cual el gran protagonista fue el héroe guajiro José Prudencio Padilla, quien, siguiendo las instrucciones del Vicepresidente Francisco de Paula Santander, con su intrepidez y experticia vapuleó la escuadra realista en la Punta de Palma, frente al castillo de San Carlos, infligiéndole una estruendosa derrota a sus huestes que pretendían doblegar la resistencia de los patriotas, empeñados como estaban en coronar con éxito la gesta de la independencia en su porfiada lucha por alcanzar, a mandoblazos, en los mares triunfos tan rotundos como los ya alcanzados en tierra firme.

Indudablemente la derrota de los realistas, que fue el triunfo de los patriotas, sirvió para consolidar la independencia patria. No cabe duda de que la batalla del lago de Maracaibo fue en los mares lo que la batalla de Boyacá en tierra. Sin el triunfo de aquella, no se habría podido consolidar ni recoger los frutos de esta última.

Padilla no era un bisoño en estas lides, se había iniciado en su rauda carrera como mozo de cámara de la Marina Real; en ella hizo sus primeras armas, justo en momentos en los que España le declaró la guerra a Gran Bretaña el 12 de diciembre de 1804, en respuesta a sus provocaciones, al tiempo que firmó un tratado aliándose con la Francia napoleónica el 4 de enero de 1805. La célebre batalla de Trafalgar, que tuvo lugar el 21 de octubre, fue el culmen de esta confrontación, una de las más sangrientas y decisivas de las guerras napoleónicas. La flota franco – española perdió en esta conflagración 23 de 33 embarcaciones que se habían alistado para el combate y los británicos, al mando del Vicealmirante Horatio Nelson, ninguno, alzándose con la victoria la Gran Bretaña, lo que le significó su dominio absoluto de los mares hasta la segunda guerra mundial. Entre los 7.000 prisioneros que pagaron con su cautiverio el precio de la derrota estuvo Padilla, hasta que celebrada la paz retornó a España en 1808 y ese mismo año llegó de vuelta a su terruño, enrolándose en las tropas patriotas.

Bien pronto, sus dotes de marino avezado y corajudo lo catapultarían a encumbradas posiciones, las que le servirían de crisol en la forja del patriota integérrimo y de dura cerviz que lo caracterizaron, que pusiera en jaque a la otra Armada invencible del Imperio español. Se constituyó Padilla, en abanderado de la causa de la independencia en los dilatados horizontes de nuestros mares, desplegando las velas de la libertad y anclando en el Lago de Maracaibo el mástil de nuestra emancipación definitiva.

Siempre estuvo él en el ojo de la tormenta en los procelosos tiempos de la gesta independentista; con su arrojo y valor indescriptibles escribió las mejores páginas de nuestra historia: ora en la batalla memorable de Sabanilla, en la de la Laguna salada, en la Noche de San Juan, ora la del Lago de Maracaibo, donde las quillas anhelantes de las naves de Padilla siguieron su ruta de triunfos altaneros, alcanzando allí el cenit de su gloria y de su fama.

Alcanzada la independencia, nimbado por la gloria, Padilla se constituyó en uno de los artífices de nuestra primera República. Pero la zalamería, los recelos, la inquina y las torvas estratagemas de sus solapados adversarios, lo malquistaron con el Libertador Simón Bolívar. Fue éste el execrable camino escogido por los pérfidos ujieres palaciegos, para llevar hasta el cadalso al Heraldo de nuestra independencia recién alcanzada. Mariano Montilla, de la mano de Urdaneta, sería el encargado de fraguar el artero golpe, propagando la especie de que Padilla se contaba entre los conjurados de la aciaga noche septembrina. Eran aquellos azarosos tiempos para la República, en los que cernía sobre ella la amenaza de la entronización de una abominable tiranía. No era Padilla hombre de contubernios; nunca puso su espada al servicio de causas innobles.

